

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

**Año 8, Número 45, Julio Agosto 2007**

## Índice

Editorial: Claridad interior.....	1
La Suprema Religión, la religión del Amor a Dios.....	3
El discípulo Lalo.....	4
La historia de sri Sankaracharya.....	6
Una enseñanza de Confucio.....	9
Mukunda el mendigo.....	10
El maestro Eckhart y el pobre que era rey de sí mismo.....	17

### **Editorial: Claridad interior**

El ser humano se asocia tanto con la luz exterior, que esa misma asociación le hace creer que el fulgor que ve en el mundo material lo habita a él internamente. Se hace dueño de la luz. Juzga que la luz que ven sus ojos, también habita en su interior. No es así. A las doce de la noche, rodeado por las sombras, si cierra sus ojos, no verá luz alguna dentro suyo. Se hallará en la oscuridad, y esto porque la mente está habituada a ver hacia afuera, está habituada a la luz solar que le muestra los objetos con los cuales convive diariamente, y si esa luz le falta, no verá nada y, como decimos, se hallará en las sombras. Las metáforas poéticas sobre “la Luz Interior” no dejan de ser un pensamiento romántico, procedentes de lo externo y carentes de realidad. Por cierto, existe la Luz Interior, pero no es fácil descubrirla, no es fácil contactar con ella. Ésta se despierta a través de una convivencia íntima con el Espíritu. La criatura humana que da la espalda a la experiencia espiritual, y vive inmersa en el mundo físico, sabrá muy poco de la Luz. Su Conciencia –Átma– dormida, casi desconocida, no podrá mostrarle Luz alguna, y el que no la ve, nada sabe de sí mismo. Entonces, nace al miedo. Tiene miedo porque no Conoce, tiene miedo porque no se “Ve” como lo que es: Luz Suprema, Perfecta.

Si caminamos por un puente muy alto y excesivamente estrecho, inexorablemente vamos a tener necesidad de buscar apoyo con los brazos en asideros para no caer. Esos asideros se convierten en nuestra misma vida, ya que si nos soltamos de ellos, caeremos al precipicio y hallaremos la muerte, la destrucción de nuestro propio ser. Eso es lo que creemos. ¿Qué hacer entonces? Aferrarnos con toda el alma a nuestro asidero. Ese asidero se convierte en bendición, es todo para nosotros. Así, nacemos al apego, porque en el momento del “cruce del puente”, aferrarnos a él es nuestra salvación.

Ahora bien, ¿por qué se da esto? ¿Por qué ese desesperado afán por asirnos a una barandilla, como si ésta fuera nuestra propia vida? ¿No hubiera sido mejor, con más discernimiento, no ponernos en la situación de cruzar ese puente tan lastimoso, tan precario? Y volvemos al problema del principio después de este ejemplo, volvemos al hombre que no ve la Luz, que desconoce su interior, que es indiferente al mismo. Volvemos al hombre que vive de espaldas al Ser. Todos los días, siquiera por minutos, hemos de tratar de ponernos en contacto con nuestra interna Claridad, hemos de tratar de ser Luz. Para ello contamos con la gracia de la Meditación que se practica en todas nuestras Escuelas. No es cuestión de sentarnos en Padmasana, o en una silla, a recitar una oración o un Mantra. Cuanto más viajemos a nuestro interior, cuanto más en calma estemos, cuando más Despertemos, podrá emerger en nosotros esa Paz Infinita que es la primera Hija de nuestro acercamiento a la Luz a través de la purificación de nuestro sentir, de nuestro arrobamiento óptico o Átmico o como queramos nombrar a ese estado del

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

sentimiento que llama a voces a Dios, y que hace que el Tesoro de la Eternidad salga a nuestro paso, nos abrigue, nos contenga y nos ilumine. Entonces sabremos lo que es ser Luz, porque estaremos cerca de Ella. Con los ojos cerrados, en plena noche, lejos del Sol, podremos ser capaces de viajar en Su Nave. Debería ser práctica en todas nuestras Escuelas este viaje a nuestra propia Luz. Descubrirla, porque esa es la razón de la vida humana en este planeta; cuando descubrimos que somos Luz, dejamos de admirar tanto la luz exterior. ¡Qué solaz inefable para el Alma, verse rodeado de tanta maravilla! ¡Qué pérdida colosal de todos los apegos y todos los miedos, qué desborde de Bienaventuranzas y qué de adioses, desde nuestra lograda madurez, al niño pequeño que fuéramos, siempre enfurruñado y lloroso por la constante pérdida de sus juguetes de humo!

Como buenos navegantes, en medio de la mar y sus tormentas cotidianas, soñemos con la Divina Playa de nuestra Claridad, y seguramente, que si nuestros anhelos son sinceros, el Señor nos acercará a Ella.

*Ada Albrecht*

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## **La Suprema Religión, la religión del Amor a Dios**

Sobre la Devoción

Parte IX

Las tres manifestaciones de la devoción al Señor

1. Algunos adoran a Dios como el Controlador Interno de sus seres. Es más fácil que adorar ser absorbidos por ese Controlador Interior que se halla inmanente en nuestro ser y que reside en nuestros corazones. La adoración mental a Dios como ese Controlador Interno de nuestro ser, lleva la mente hacia lo interior, extrayéndola de los objetos externos. Ello hace de una mente extrovertida, una mente introvertida hacia Dios dentro del propio ser de cada uno.

2. Otros adoran al Señor como inmanente en todas las cosas. Las personas de corazón puro, ven al Señor en todas las criaturas sin ningún velo, completa y enteramente. Dios penetra en todos los seres como el espacio penetra todos los objetos visibles porque el Ser Supremo no tiene partes y posee una total ubicuidad. Él cubre todas las criaturas creadas y a su vez, no se halla limitado por ellas. Las personas que adoran al Señor como ese Ser Supremo inmanente en las criaturas, miran hacia éstas últimas como llenas de Dios y así le otorgan sus respetos. Estos devotos miran a un gran sacerdote como miran a un mendigo, al Sol como a una chispa de fuego, a un santo como a un ladrón. Para ellas todo es igual porque todo está lleno de Dios. Se encuentran vacíos de orgullo, de pedantería y de vergüenza y así es como se pueden postrar ante todos. Dios puede ser adorado con cuerpo y mente hasta que la experiencia de Dios sea experimentada por las criaturas. Aquellos que ven a Dios en todos los seres a través de un conocimiento superior y una iluminación espiritual desisten de otro tipo de trabajo. Ellos experimentan a Dios como siempre nuevo en sus corazones y no se hallan poseídos por la alegría, ni por la tristeza ni por la ilusión.

3. Otros adoran una Encarnación Divina (Jesús, Budha, etc., etc.) que es la más alta de todas las formas de adoración. Dios reside en los corazones de las criaturas y las impulsa a actuar como Sus instrumentos. Así pues, tomemos refugio en Dios con todo nuestro corazón y sin reservas. A través de Su Gracia adquiriremos suprema tranquilidad y un estado supremo. Debemos fijar la mente en Dios, adorar a Dios, realizar sacrificios para Dios, inclinarnos ante Dios y seguramente que obtendremos a Dios. Para un aspirante avanzado en el sendero de la Devoción, todo trabajo religioso debe ser abandonado; él debe tomar refugio a los pies de Dios, cantar y orar tan sólo al Señor, y así Él lo liberará de todo pecado.

Todas las emociones, las puras e impuras, deben ser direccionadas hacia el Señor y llevadas fuera de sus propios objetos. Entonces, las emociones impuras serán purificadas de sus impurezas y densidades, serán sublimadas y santificadas por el toque mágico de lo supremamente sagrado y puro. Las emociones puras también pueden ser transmutadas en el más elevado y sagrado amor por el Señor.

FIN

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## **El discípulo Lalo**

*Por Ada Albrecht*

Cierto día, un joven llegó hasta el Ashram del Sabio Devananda, y le dijo:

–He venido hasta tu hogar, deseoso de saber quién soy. Tú puedes iluminarme. Me han dicho que eres el Sabio más grande de la comarca, y es por eso que he llegado hasta ti.

–Toma una escoba y barre el piso de las habitaciones donde habitan tus otros compañeros –dijo su sabio Maestro.

El discípulo, de nombre Lalo, quedóse atónito. Se sintió desolado. Había llegado ante la presencia del Gran Maestro con la pregunta de preguntas, y por respuesta obtuvo el mango de una escoba.

–De todos modos, haré lo que me dice –pensó para sus adentros, y dirigiéndose hacia las habitaciones señaladas comenzó a barrerlas.

Hay que decir que Lalo era un holgazán consuetudinario. No le gustaban las tareas domésticas, y el servicio a los otros le era indiferente. Con mucho sacrificio, logró hacer lo que su Maestro le decía. Al finalizar su tarea, se sintió reconfortado al ver el piso de las habitaciones sin mácula alguna. Fue nuevamente a su Maestro y con todo orgullo le dijo:

–He terminado mi labor. Considero que nunca esas habitaciones estuvieron tan resplandecientes.

El Maestro lo miró sonriendo y le dijo:

–Ahora barre la habitación de tu ego, donde habita el orgullo.

Una vez más, Lalo quedóse sin saber qué decir.

–Lee el Capítulo duodécimo del Bhagavad Gita; algo sacarás de él que te haga más humilde –dijo Devananda.

Con el tiempo, Lalo se acostumbró al servicio. Hizo trabajos de huerta, cuidó a los enfermos, enseñó a los niños, cuidó de los animales del Ashram, etcétera. Era tal su trabajo que terminó amándolo, pues, tras cada acción que realizaba, sentía que su alma agradecida se tornaba mas pura, y así, Lalo llegó a ser un ejemplo en el Ashram.

Un día dijo:

–Gracias Señor, gracias por haberme otorgado este sitio en el mundo tuyo, que el de ayudar a los otros. Es cierto que sigo sin saber nada de mí, es cierto que he venido aquí preguntando quién soy, y sólo he recibido la orden de trabajar, realizando tareas humildes. De todos modos, otra vez, gracias Señor.

A partir de ese momento, Lalo se acostumbró a dar gracias a Dios cada tarde al finalizar sus tareas. Luego tomó otra costumbre: la de agradecer al Señor por el día por venir, en el cual ocuparía todo su ser en obras para los otros. Después sintió que orar dos veces diariamente era algo muy pobre, y comenzó a hacerlo también al mediodía. Por fin, Dios se instaló en él como un Rey en un trono inmaculado, y ya no pudo realizar acción alguna sin nombrarlo constantemente. De nombrarlo pasó a amarlo, y de amarlo pasó a constantes éxtasis, repitiendo, entre lágrimas de profunda devoción, el adorado Nombre del Señor. Devananda, a veces lo veía arrodillado ante un árbol de

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

mango, abrazado a sus ramas, dando gracias al Todopoderoso por sus frutos. Y lo vio un día también abrazado a su escoba, a la que llamaba Maestra y Guía en el Camino Espiritual.

–Nada es grande, nada es pequeño –decía Lalo, y agregaba:

–Esta escoba fue mi altar, donde aprendí el arte sagrado del servicio a los demás.

–¡Quién eres, Lalo? –Le preguntó cierta vez su Maestro.

–Soy humilde servidor, humilde esclavo del Sagrado Rey Servicio, mi padre Espiritual, después de ti, Maestro. Sol también esclavo del Amor a mi Señor, y espero serlo toda la vida. Sólo servir y amar, sabio Padre Devananda, no quiero nada más.

Y Devananda le dijo, repitiendo las palabras de algunos libros sagrados:

–Ahora la sagrada fruta del árbol de la Liberación caerá en tu mano. Estás preparado para recibirla, y su dulzura inundará tu corazón, volviéndolo bueno y sabio. Has cumplido con los dos pasos previos para el logro de la Sabiduría Inmortal, has cumplido con la Acción, y te has realizado como Devoto.

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## La historia de sri Sankaracharya

### Parte II

El Señor Shiva se presenta bajo la apariencia de un chandala

Cierto día Shankara estaba volviendo con sus discípulos desde el templo de Viswanath después de un baño en el Ganga. Mientras iba caminando, un Chandala (alguien sin casta) seguido por cuatro perros apareció frente a él. Shankara le pidió que se corra para que les deje paso. El Chandala con una sonrisa le preguntó: “¿A quién le estás pidiendo que se corra? ¿Al alma o al cuerpo? Tu alma, mi alma y cualquier otra alma en el mundo son todas una. No hay impureza en el alma. Es como la luna reflejada en una vasija de agua del Ganges o en una lata de licor. La luna no se volverá impura por su reflejo. ¿O tú quieres que el cuerpo se mueva? Sin el alma el cuerpo solo es inerte. No se puede mover. Y además para un Sannyasin, ¿qué es casta, pureza o impureza?”

Shankara quedó estupefacto por la impresionante pregunta del Chandala. Se postró a los pies del Chandala porque le había enseñado semejante sublime verdad. Pero el Chandala se desvaneció y en su lugar apareció Señor Viswanath. El Señor se había convertido en la forma de un Chandala para enseñarle a Shankara que las distinciones sociales entre Brahmana, Chandala, etc., son superfluas. Luego, el Señor bendijo a Shankara y desapareció.

### Encontrándose con Vedavyasa

Otro día un viejo Brahmán fue a ver a Shankara. Shankara había escrito un comentario sobre un texto sagrado llamado Brahmasutras. El Brahmán desafió a Shankara a un debate sobre los Brahmasutras. Eran muy comunes en esos días los debates entre los conocedores de las escrituras. El debate comenzó a ponerse más y más acalorado. Ninguno estuvo listo para aceptar la derrota. El discípulo de Shankara, Padmapada, escuchaba atentamente. En un momento, se dio cuenta de que el anciano hombre no era otro que el mismo Vedavyasa, el autor de los Brahmasutras, en el disfraz de un hombre anciano. Inmediatamente cayó a sus pies, intervino y dijo: “Shankara es el Señor Shiva encarnado y Vyasa es el mismo Señor Narayana, y en una discusión entre los dos, ¿qué puede hacer un pobre siervo como yo?”. Al escuchar que el anciano hombre era Vyasa, Shankara en seguida detuvo el debate y se echó a sus pies reverenciándolo, Vyasa lo bendijo de corazón. Él dijo: “Tú estás destinado a vivir sólo por dieciséis años. Pero por la Gracia de Dios, yo te bendigo para que vivas por otros dieciséis años y esparzas el sagrado mensaje de los Vedas por doquier”. Luego, Vedavyasa oró al Señor Brahma para que le conceda a Shankara un período de otros dieciséis años de vida.

### Conociendo Mandana

Sri Shankara visitó luego muchos lugares, enseñando por todos lados la Advaita Vedanta. Cierta vez, Shankara con sus discípulos fue al río Narmada. Después de terminar su baño en el Narmada ellos buscaron la casa de Mandana. Algunas mujeres volvían del río cargando agua en potes. Shankara les preguntó. Ellas dijeron: “Tú encontrarás cerca de aquí una casa en cuya entrada hay un montón de jaulas con loros discutiendo muy apasionadamente acerca de los Vedas. Esa casa es la de Mandana”.

Shankara vio los loros. Poco después vio la casa. Las puertas estaban cerradas porque era el día de la ceremonia anual para el padre de Mandana. Pero Shankara entró

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

a la casa utilizando su poder yóguico, tomando la forma de un Sannyasin. Invadir una función tan importante como la ceremonia que se estaba realizando era algo impensable para Mandana. Un altercado tuvo lugar entonces entre el Sannyasin y el dueño de casa. Al final decidieron sentarse a debatir. Ahora la pregunta era quién debía ser el juez. Ubhayabharati, la esposa de Mandana era una gran conocedora. Shankara y Mandana estuvieron de acuerdo en que ella debía ser la jueza. Ella puso una guirnalda alrededor del cuello de cada uno y dijo: “El que tenga su guirnalda con signos de haberse marchitado al final del debate deberá considerarse derrotado”. El debate continuó por días. Un día, las flores en el cuello de Mandana mostraron signos de desvanecimiento. Ubhayabharati no vaciló en declarar que su esposo había sido derrotado. Mandana, inmediatamente decidió convertirse en un Sannyasin discípulo de Shankara. Shankara lo inició y le dio el nombre de Suresvaracharya.

## Aparición de Narasimha

Seguido por Suresvaracharya y otros discípulos, Shankara se mudó hacia el sur. Con el transcurso del tiempo, el grupo alcanzó los Montes Srisaliam en Andhra Pradesh. En esos días, allí vivía una secta de religiosos fanáticos llamada los Kapalikas, que creían en sacrificios humanos. Un día el Maestro Shankara estaba profundamente inmerso en meditación. En ese momento, un Kapalika apareció ante él. Despertó a Shankara de su meditación y le dijo que Dios Kapala se le aparecería si él sacrificaba la cabeza de un emperador o de un gran Sannyasin. Shankara comprendió. Sonrió y dijo que no tenía ninguna objeción para entregar su cabeza. Iría al templo del sacrificio a medianoche sin el conocimiento de sus discípulos. Muy contento frente a la perspectiva de que sus deseos serían satisfechos, el Kapalika empezó a ocuparse de los ritos preliminares de adoración antes del sacrificio humano.

El hombre propone pero Dios dispone. Shankara se levantó de su cama a la noche y se fue a su cita. Padmapada sintió que su Guru estaba en peligro. Rezó fervientemente al Señor Narasimha para que protegiera a su Guru. El Señor, en respuesta a sus Plegarias entró en su cuerpo. Padmapada corrió a su encuentro y con la fuerza de un león le arrancó la espada de las manos de Kapalika, salvando así la vida de Shankara. Cuando éste vio al Señor Narasimha, se sintió colmado de alegría. Instantáneamente compuso un impresionante himno en honor al Señor Narasimha.

## La llegada de otro discípulo

Shankara visitó luego otros lugares sagrados como Harihara, Mukambika y Srivati todos en Karnataka. En Srivati vivía un devoto Brahmín. Tenía un hijo que era mudo. El infortunado Brahmín llevó a su hijo a Shankara y se postró ante él. Dijo: “Reverendo Señor, mi hijo tiene siete años y su mente pareciera no desarrollarse. Ni siquiera aprendió el alfabeto. Niños de su edad vienen y lo invitan a jugar pero él no se les une. Viéndolo sentado en silencio los niños lo golpean; pero aun así no muestra ningún tipo de enojo. Sólo tú podrías curarlo”.

Sri Shankara se dirigió al niño: “¿Quién eres tú? ¿Por qué te comportas como un ser inerte?” Frente a esto, el niño abrió su boca y habló por primera vez en su vida. No sólo habló sino que dio muestras de gran sabiduría espiritual. Sri Shankara se sorprendió al ver que ese niño tenía el conocimiento de Âtman sin siquiera la instrucción de un maestro. Bendijo al niño. Dijo a su padre: “Él no es un niño ordinario. Por favor envíalo con nosotros”. El padre estuvo de acuerdo. Sri Shankara le dio el nombre de “Hastamalaka” que significa que el conocimiento de Âtman fue tan fácil de conseguir para él como recibir una fruta de Amalaka en la mano.

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

Luego Sri Shankara se dirigió a Sringeri sobre las orillas del Tungabhadra en Karnataka. Era un lugar de aprendizaje. Muchos estudiaban los Vedas y practicaban austeridades allí. Shankara decidió empezar un Math (monasterio). Le gustó tanto el lugar que instaló a la Diosa Sarada en un santuario. Hasta estos días la Madre Sarada es adorada en el Math de Sringeri. En este lugar un nuevo discípulo llamado Giri se unió a Sri Shankara. Parecía de poca inteligencia, pero tenía una gran devoción por su Guru, Shankara. Le servía devotamente día y noche. Un día, el discípulo tuvo que ir a lavar las ropas del maestro y se demoró un poco en volver. Era hora de clase. Sri Shankara, lleno de amor por su discípulo, demoró el comienzo de la clase. Algunos de los discípulos se pusieron inquietos. Padmapada remarcó: “Giri es de poca inteligencia. ¿Por qué tenemos que esperar por él para el comienzo de la clase?” Shankara quiso enseñarles una lección. Silenciosamente bendijo a Giri. Unos minutos después Giri entró al hall cantando un Himno a su Guru compuesto por él mismo en el difícil ritmo de Totaka. Todo el grupo de estudiantes quedó anonado frente al genio y el conocimiento de Giri, a quien ellos habían considerado como un pupilo ignorante y nada valioso. Desde ese día él fue altamente respetado. Lo empezaron a llamar Totakacharya ya que compuso el Himno con el ritmo de Totaka. Sri Shankara pasó algunos años en este lugar sagrado predicando la doctrina Advaita.

Aquí finaliza la segunda parte

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## **Una enseñanza de Confucio**

“Es necesario que el Discípulo tenga  
un corazón grande  
y un alma plena  
de valor.

Porque la carga que debe llevar es pesada,  
y el viaje a realizar  
es largo. Su carga es  
la práctica continua  
de las virtudes más elevadas. Y su viaje abarca todo el período  
de su vida.”

Lun Yu VIII, 7

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## **Mukunda el mendigo**

Del libro: Vida de Santos hindúes de Ada Albrecht

Gadu el renunciante, meditaba serenamente a la puerta de su cabaña, desde donde podían contemplarse los nevados Himalayas envueltos en su paz milenaria. En sus laderas, serpenteaban arroyos nerviosos e inquietos. Eran el símbolo de la mente humana, como las montañas sagradas lo eran de los Hombres realizados que sólo se entienden con el Infinito.

De pronto se oyeron pasos tambaleantes sobre las piedras. Era el joven Mukunda, de la aldea de Midurivar, que se acercaba al sabio envuelto en lágrimas y desasosiegos. Esperó entre mal contenidos sollozos, que el santo retornara a su conciencia, y cuando lo hubo hecho, Mukunda le dijo arrojándose a sus pies benditos:

–Señor, he estudiado los Sastras, conozco el Vedanta palmo a palmo, los Yogas sutras no esconden secretos para mí, y tampoco las otras Darsanas. ¡Ay! Nada hay que el lobo hambriento de mi cerebro no se haya llevado a las fauces nunca ahítas de alimentos verbales. Y mírame, desfallezco. ¡Él engorda y cría carnes de conocimientos que para nada sirven! Me encuentro en medio del temporal de Maya, me cerca el Samsara como un lazo de hierro que amenaza ahogarme constantemente.

Tengo una sola verdad: mi ciclópea ignorancia. Vivo en brazos de ese gigante negro del apego al Yo, y no consigo liberarme de su horrible compañía.

Todo yo soy la encarnación del temor. Temor a la vida, temor a la muerte, temor por todos lados. Éste me cerca como el mar al cuerpo desvalido del náufrago. ¿En qué me equivoqué, Santo mío, en qué? ¿No soy un brahmachari? ¿No dediqué mi vida al estudio de las escrituras? ¿No rendí culto a los Dioses? ¿No bañé mi cuerpo una y otra vez en las aguas purificadoras de nuestra madre Ganga? Estoy a punto de perder la escasa Fe que lograra tras años y años de meditación y eso, imagino, es peor que la muerte... Padrecito, ¿qué hacer? Vengo a rendirme completamente a tus pies. Mátame o revíveme espejando sobre mi ser el agua de tu sabiduría...

Y no pudo hablar más, porque las lágrimas y los sollozos lo arrastraron al país del dolor.

Gadu lo contempló con dulcísima mirada. Él también estaba llorando. Veía en él, el símbolo de la humanidad. Entonces, secándose el llanto, le dijo:

–Ay, pobre alma equivocada. ¿En qué Sastra has leído que el Camino se halla en la selva verbal? ¿No te dice Krishna en el Bhagavad Gita, “Posa tu mente en Mí, se Mi devoto, sacrifica en Mi honor, póstrate ante Mí?” ¿Es acaso Krishna inferior a tus libros sagrados? Mal Rey has elegido para reverenciar: el Rey Intelecto. Olvídate de él, deja de rendirle culto. Yo te daré la medicina apropiada para tu mal. La cura está en el olvido de los sastras y el recuerdo constante de Dios. No esperes mucho para aprenderlo, no sea cosa que llegues demasiado tarde. Estás a tiempo todavía. Hazte mendigo... –Y agregó emocionado:

–Hazte mendigo del Amor. Es lo que Dios anhela de nosotros. Para eso hemos venido a este mundo de lágrimas, para encontrarlo. Hallándolo, todo está hallado. Olvidándolo, la criatura humana está completamente perdida...

El reino divino, Hijo querido, posee dos puertas: la de entrada, que es el intelecto, y la más interna, que es la del corazón. Cuando abras esta segunda, te hallarás

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

a los pies de Nuestro Señor. No te quedes en la primera. Simplemente, pásala y busca la otra celeste. La Humanidad es un gran vientre cerebral que se alimenta de inmundicias racionales. ¿Para qué les sirven al Gran Pensador, las diminutas lógicas con las que buscamos asirlo? Él se ríe de ellas. ¡Y a veces llora! Sus hijos más cultos suelen ser espiritualmente los más salvajes. El cerebro les devora toda la energía, y así, no les queda fuerzas para depositarlas a los benditos pies del Niño Celeste del Corazón, que es la Morada de AQUELLO.

Hazte bueno, Mukunda, no sabio... bueno como el pan, bueno como las piedras, como el agua... El pan no se niega a nadie, no dice: “Elijo que éste me devore y éste otro no”... A las piedras, las pisan tigres, santos y ladrones, y a todos los acogen con gentileza. El agua, calma la sed de miles de criaturas, y da su vigor a espinos y jazmineros. La criatura humana está seca. No posee vida celeste porque sigue una falsa dirección para hallar el Camino. Mukunda querido, una hoja amarilla y ya muerta de otoño, tiene más sustancia divina que éste: por lo menos, con su cuerpecillo mustio va a nutrir a la Madre que ayer le dio la vida. El hombre, ni siquiera sabe de la gratitud, de todo se queja, lloriquea continuamente. Sólo es feliz en brazos del placer hipócrita que lo amarra como una cobra venenosa a las playas de la Gran Mentira, este sueño inmenso que llamamos Maya.

El Amor bienaventurado, es espada en la mano de Dios que nos destruye el pequeño yo. Cada vez que entregas algo, entregas una parte de él. Lo debilitas con el sentimiento inegoísta, hasta que por fin, se muere, pues si hay algo que al yo le disgusta, es precisamente un corazón generoso, comprensivo y tierno.

No pienses más en las Escrituras. Haz del árbol de mango tu Maestro. Obsérvalo con atención. Es hijo de Dios, y de Él aprendió el difícil arte de ser auténticamente generoso para con todos. No pases por el libro de la Naturaleza como suelen hacer los ciegos: con indiferencia, creyéndose superiores a los lotos y champakas porque no los ven, asomados a la puerta de la soberbia y el desdén.

Hijito mío, que la Paz te nutra a través del Amor. ¡Ve por el mundo amando! Olvida el pensamiento, olvídalo. No viniste a descubrir a Dios a través de tus álgebras racionales; has venido a ser devoto suyo y de todas sus criaturas. Pasará esta noche, y ya verás que maravillosamente pura alborea el Alba en tu Mañana...

Y Mukunda cubrió de besos y de lágrimas los pies del Divino santo, y se hizo a los caminos. –Seré mendigo– dijo –mendigo del Amor. Eso me ha aconsejado el sabio y nada más que eso seré.

La determinación estaba tomada, mas en este mundo de Maya, nada hay que sea más difícil, que ello: ser un mendigo del Amor.

–El Amor– Dios; se dijo Mukunda, posee un palacio maravilloso; es el Universo. Toda criatura que habita en él, le pertenece y sirviéndolas, a Él se lo sirve, de modo que dedicaré mi vida a ello.

–Amor, amor, rogaba –dame una moneda de tu inmenso tesoro... ¡Dame la posibilidad de ser bueno! No te impongo condiciones. ¡Dame simplemente esa posibilidad! La posibilidad de Dar y de Servir, pues en ambas acciones se esconde tu tesoro, y éste será mío en la medida en que yo te sea un discípulo fiel.

Pasó por la aldea de Vagudar, y vio a un campesino castigando duramente a su búfalo. Por su lomo corrían senderillos de sangre y lloraba de dolor. Porque también los animales lloran. Mukunda se abrazó a la pobre bestia y dijo dirigiéndose a su dueño:

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

–Oh buen hermano campesino ¡Restalla tu látigo sobre mi cuerpo! Si él ha hecho algo malo, ha sido también mi culpa, pues nada hay desunido en este Universo. Yo podré soportarlo mejor, porque aunque no poseo su fuerza, Dios me dará el valor necesario para resistirlo.

El pobre campesino pensó que se trataba de un loco y descargó su furia contra Mukunda. Saciada su cuota de violencia, arrastró al animal tras suyo, quedando Mukunda malherido en medio del camino. Su felicidad no tenía límites. Ríos de resplandecientes estrellas poblábanle el corazón, y un estado de bienaventuranza cubría su alma como un manto bendito.

–Tu primera moneda, Dios del Amor– decía llorando y riendo... Me has dado tu primera moneda, y no tengo palabras para agradecerte.

Se levantó como pudo, hasta llegar al pie de un bayan gigantesco cuyas numerosas ramas-troncos conformaban una sombra espesa y generosa. Se tendió bajo ella y se quedó dormido.

Al despertar, grande fue su sorpresa al ver al Rey y sus Ministros, hincados de rodillas frente suyo.

–No te asombres, oh joven, dijo el Rey, con las manos juntas. Desde hoy serás mi hijo, el príncipe heredero. El astrólogo y Guru de mi Corte, ha vaticinado que en este mes de Margashirsha, de tarde, bajo este árbol bayan, hallaríamos a un joven como tú, cubierto de heridas. La hora que nos diera el sabio es esta hora, y el día es este día. Tú me sucederás en el gobierno del reino y según la sabiduría de nuestro sabio, serás un Rey por demás justo y generoso. Mukunda fue llevado a palacio en un palanquín de oro. Ya en sus cámaras reales, fue atendido por los médicos de la Corte que curaron sus heridas. Lo bañaron y vistieron de costosas ropas, y lo presentaron en su oportunidad a la hueste de sabios Ministros. El Rey no cabía en sí de gozo. Descubrió con el andar del tiempo, que ciertamente se trataba de un alma bendita, toda caridad y compasión, toda justicia y nobleza. Y así transcurrió el tiempo, hasta la muerte del Rey y su ascenso al trono.

Nunca esas tierras conocieron tanta felicidad. La vestían todas las virtudes, se desconocía el dolor y la pobreza. No existían ladrones, pues cuando alguien hurtaba algo, inmediatamente se lo colmaba con el doble o el triple de lo sustraído, y se le pedía excusas por no haberse tenido conciencia de sus necesidades. Se ponía entonces a los ladrones bajo la tutela de los Maestros de la Corte, quienes les enseñaban que en verdad, nadie puede hurtar nada de nadie, pues todo queda aquí, en nuestra pequeña casa cósmica. Muchos de ellos tomaron las sagradas vestiduras. El amor con el cual se los guiaba era tan grande, que no hubo un solo ladrón que no desistiera de sus malas andanzas. El joven Rey les enseñaba a sus Ministros a ser bondadosos con todos, sin discriminación. –Quien discrimina es la mente– les decía. –Si alguno de estos ladrones fuera vuestro hijo, excusaríais sus fechorías, y ello, porque estaríais bajo la regencia sublime del afecto. Así es como nos quiere Dios, y así debemos querernos entre nosotros.

Y de noche, cuando quedaba por fin solo, lejos de sus Ministros, de las audiencias y labores propias de un soberano, arrodillado y con las manos juntas, exclamaba lleno de gratitud y alborozo:

–Le has dado otra moneda a este mendigo, Dios Amadísimo... Me has permitido hacer el bien y conducir a hacerlo a quienes me rodean.

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

Pero la felicidad, como se sabe, es una niña que no permanece por mucho tiempo entre los brazos de nuestra Madre Maya.

Un soberano del reino vecino, les declaró la guerra, y Mukunda, con los brazos abiertos y el corazón pletórico de desapego, fue a ver a éste diciendo:

–Hermano querido, ¿qué importancia tiene que sea yo, o seas tú, quien dirija este reino? En el fondo ni tú ni yo lo hacemos, sino Nuestro Señor que se vale de nosotros, como un artista de su instrumento ¿Hemos de hacer morir a miles de soldados por la tonta ambición de imperar? Si mis Ministros te aceptan, y aunque no lo hicieran, te entrego mi cetro y mi corona. La guerra es sufrimiento para muchos inocentes y nada se gana con ella. El reino que ahora me tiene como Rey, conoció a miles de Reyes antes que yo: lo mismo ha sucedido con el reino tuyo. En ambos, sin embargo, como al principio de los tiempos, siguen los campos dando sus frutos y los jardines sus flores. Ellos conocen más que nosotros sobre el legítimo Dueño de las cosas. No. No voy a luchar, no voy a ser causa de dolor.

Y el joven Mukunda convertido en Rey, habló luego con sus Ministros.

Era de esperar que no lo comprendieran.

–Tu deber es defendernos, exclamaron a coro. Si no lo haces, pensaremos que eres un cobarde. ¿Cómo darás este reino al enemigo?

–Es que no es enemigo, dijo Mukunda.

–¿Y cómo puede llamarse a quien viene con el propósito de conquistar aquello que no le pertenece, a hacer la guerra para salir victorioso en sus nefastas ambiciones?

Y como Mukunda permaneciera callado, la ira se fue apoderando de todos ellos. Una ira sorda, ciega, bestial. El Rey –pensaban– nos deja solos. Es un ser débil y miserable que solo nos ha servido para los tiempos de paz, pero es evidente que no puede hacerlo en los de guerra.

–Os matareis entre vosotros, gemía el monarca. Cubriréis de sangre y de dolor cada casa, cada aldea, cada ciudad. ¡Dios es el único Poder que rige detrás de Reyes y Ministros! ¡Sed buenos, desapegaos de vuestra falsa creencia del “Yo soy” “Yo tengo”... “Yo hago”! Nadie es, nadie tiene, nadie hace; el mundo tiene su Señor y Dueño. Despertad de la ilusión que os vela el entendimiento.

Estas palabras no hicieron sino encender la ira de todos.

–¡Merece la muerte! dijo uno de los Ministros.

–No, exclamó otro; ello sería un premio para este desdichado. Lo que merece es un castigo ejemplar en las mazmorras.

Y como todos estuvieran de acuerdo en esta última resolución, Mukunda fue arrastrado hasta los oscuros sótanos del palacio, donde aguardaban por él sus verdugos. El castigo fue horrendo, y lo hubiera sido más aún, si el mismo no hubiera coincidido con el ataque del soberano del vecino reino. Todo comenzó a movilizarse para la guerra, y hasta los verdugos, ansiosos más que nadie de pelea, se olvidaron de su víctima, abandonándola en medio de su dolor.

Su cuerpo había sido sometido al fuego. Tenía llagas por todos lados. Cuando recobró la conciencia, dijo desde el fondo de su corazón:

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

–Otra moneda... Dios del amor... otra moneda que has dado a tu mendigo y que éste agradece desde el fondo del alma. Esta es tu voluntad, Rey del Universo. Primero me has puesto de cobertor de un búfalo, luego me has hecho soberano de estas tierras, y ahora me has arrojado a las mazmorras que hacía tanto tiempo, durante mi gobierno, se hallaban clausuradas. Todo es tu Voluntad Divina. Mi alma aprende así el difícil arte de la aceptación y el contentamiento con lo que sea que nos des. Porque eres tú quien sabe lo que nos conviene.

–¡Oh Rey de la Luz Única! ¡Tú serás general y soldado en esta guerra y a cada quien le otorgarás la enseñanza que te plazca por los medios que te plazcan! ¡Bendito y alabado seas mil veces!

Fueron pasando los días, y los gritos y entrechocar de espadas en el combate, fueron menguando. Cada vez eran menos, hasta que por fin, cesaron por completo. El silencio, parecía ser el único habitante del lugar, hasta que una mañana, se abrió la pesada puerta de la mazmorra. Era el soberano del reino vecino. Estaba malherido y caminaba tambaleándose.

–Sabía que te hallaría aquí, le dijo con lágrimas en los ojos. Todos han muerto, los míos y los tuyos. Fue realmente una masacre. He sido un ciego poseído por la ambición de tornar más vasto el territorio de mi propio reino. En el fondo, sentí mucha envidia de ti, pues los viajeros me hablaban maravillas de tu Gobierno. Quise destruir tanta luz, y en vez, me he destruido a mí mismo... Mírame, estoy a la puerta de la muerte. Vine a decirte que abandono mi reino y el tuyo, o mejor dicho, lo que ha quedado de ambos. Pienso renunciar al mundo y tomar las vestiduras sagradas. Veo que en la Casa de Maya, todo es insustancial y efímero, ya no me apetece este juego de causas y efectos.

–No, repuso Mukunda. Sanarás de tus heridas, y tendrás que imponerte un castigo: el de ser soberano de ambos reinos, pero sin que el apego se poseione de tu corazón. La verdadera renuncia no es material: su raíz está en la mente. No te consideres jamás rey, y llegarás a serlo algún día... pero de ti mismo. Yo también curaré y dejaré este palacio y estas tierras... Tengo que continuar mi camino. Y Mukunda contó al rey lo que había sucedido aquella lejana tarde, bajo el árbol bayan, y cómo había sido llevado a palacio como príncipe heredero. Le confesó también que era un mendigo del Amor y que todo lo que le interesaba, era ser un hombre bueno. El rey al que sus ministros habían llamado enemigo, se deshizo en lágrimas. Abrazó a Mukunda y lo llevó a Palacio, pero fue inútil. No pudo convencerlo que permaneciera en él.

–¡Podrías enseñarme tanto! le dijo. He destruido miles y miles de vidas. Soy el peor de los asesinos...

–Tú no las has destruido, repuso Mukunda. Dios nos da y nos quita la vida cuando a Él le place. Su Voluntad y no la tuya, dirigió esta guerra.

Cuando curó de sus heridas, se hizo una vez más al camino.

Andando y andando, cantaba kirtams a su Único y recogía –como Mukunda decía– sus monedas aquí y allá. Una vez, sirvió de esclavo a una vieja vaca a la que se le habían caído todos los dientes razón por la cual le era imposible comer. Él trituraba el pasto para alimentarla y así lo hizo hasta que el pobre animal se vio libre de su envoltura física. En el momento de su muerte, un maravilloso fulgor emergió de su cuerpo.

–Soy el Deva Gavida, le dijo, de la corte de Chitrarata, el rey de la Música.

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

–Mi alma necesitó aprender algo y así ingresé a este cuerpo animal del cual ahora me veo libre, y así te digo, Mukunda, antes de abandonar la tierra de los Hombres: como tú me alimentaste en mi vejez, y cuando me hallaba completamente imposibilitada de tomar alimento, así también yo, alimentaré tu corazón de cantos. Serás el rey de los bhagavatars, y hasta Chitrarata mismo, te escuchará entonces los venerables versos a los Dioses. Bendito seas una y mil veces por tu corazón compasivo.

Y Mukunda, llorando y riendo, con los brazos extendidos al cielo, repetía una y otra vez:

–Gracias por esta otra moneda, Rey mío, Idolatrado. ¡Alguna vez, tendré las suficientes como para poder adquirir la sabiduría del autoconocimiento! Mas, bien sé que para ello, ninguna criatura Tuya debe serme indiferente sobre la Tierra.

Cierta vez, al cruzar un río, vio como un inmenso pez “givara” luchaba denodadamente por su vida; había sido cogido por el anzuelo de un pescador.

Con todo cuidado, Mukunda lo liberó de su cautiverio, curando sus heridas con amor infinito.

Antes de alejarse por sus caminos de olas, el pez dijo a Mukunda:

–Tú también, al cruzar el mar de Maya, hallarás la mano compasiva de la sabiduría que te ayude a no caer presa del gran pescador, el Apego. ¡Bendito seas, por tu corazón generoso!

En otra oportunidad, a los pies de un árbol, halló herido a un pájaro “godila”.

El plumaje de estas aves es todo azul, semejando un pedazo de inefable cielo, y su canto armonioso, como el de la misma vina. Mukunda se constituyó en enfermero suyo. Durante días y noches velaba por el avecilla con celo sin igual, hasta que una gloriosa mañana, la vio restablecida por completo. –Mukunda, le dijo el ave, la bienaventuranza será tu compañera para siempre. Cuando vuelas hacia Dios Infinito, si algún karma te saliera al encuentro para impedirte el viaje, esta acción tuya lo ha destruido. Irás a sus brazos como el perfume a la flor. La Tierra tiene contigo un nuevo santo. Y con mil bendiciones más, remontose el ave hasta perderse en el espacio.

Fueron pasando los días, las semanas y los años para Mukunda, el devoto del Amor. Su tesoro era ya infinito, sus monedas, como él las llamaba, se habían convertido en verdaderas arcas de reyes.

La estación de la vejez se había hecho presente en su cuerpo. Ahora vivía en una cabaña y raramente salía al exterior, alimentándose como podía, con las dádivas que algún alma generosa le alcanzaba. Un poco de leche, de arroz, un trozo de pan, alguna fruta, eran suficientes. Cierta mañana, amaneció con fiebre y supo que la vida lo abandonaría a la brevedad. Entonces, escuchó que alguien llamaba a su puerta.

–Pase quien sea, dijo Mukunda con un hilo de voz, pues la debilidad que lo poseía era muy grande.

Toda la Luz del Mundo, ingresó entonces en la humilde choza. El resplandor impedía ver el rostro del visitante, quien dijo:

–Mukunda, me has comprado hace ya mucho tiempo.

–¿Quién eres, Divino Señor?, exclamó éste profundamente emocionado.

–Soy tú, repuso el recién llegado.

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

Mukunda cerró entonces los ojos y emergió plácidamente del cuerpo. La luz se unió con la luz y no fueron dos sino una. Mukunda había llegado a la otra orilla. El Amor era suyo y él era del Amor y el Amor era Aquello.

Ya al salir de la Casa de la Madre Maya, dejó con ésta su vestidura mental.

–Madre, dije, te devuelvo lo que es tuyo, lo que me dieras en préstamos al visitar tu reino. Lo que es la lámpara a la luz, así es el pensamiento al corazón: sirve tan sólo para mostrar la llama, cuyo fulgor no le pertenece. Que los Hombres tus hijos, aprendan pronto esta lección para que puedan ser felices. ¡Que hayan, Madre, en tu Casa, muchos mendigos del Amor!

En su viaje, fueron con él los ángeles de miles de bendiciones. De algún modo, el alma de su primer llanto a los pies de Gadu, su sacrificio corporal para proteger al búfalo, sus años de Rey compasivo, las bendiciones del pez que salvara, de la vaca que alimentara, y de tantas, pero tantas criaturas que protegiera. Todo eso lo acompañó como un inefable manto de luces y de mieles, hasta que tocaron los límites del Tiempo.

Luego, el alma bendita de Mukunda, que ya nunca retornaría al caleidoscópico reino de las tres Gunas ingresó para siempre en la Eternidad...

---

# HASTINAPURA

*diario para el alma*

---

## **El maestro Eckhart y el pobre que era rey de sí mismo**

*por Claudio Dossetti*

Se dice que en cierta ocasión, el Maestro Eckhart, el gran místico alemán del siglo XIII, halló a un hombre muy pobre en su camino. Dirigiéndose a él le dijo:

“¡Dios te dé buenos días, hermano!

“¡Qué Él te los dé también a ti, señor! ¡Dios quiera que yo jamás cometa una mala acción!”, respondió el hombre pobre.

“¿Por qué dices eso, hermano?”

“Porque Dios en esta vida me ha dado alegrías y tribulaciones, y todo lo he llevado con gusto siguiendo siempre Su Voluntad, y me he considerado indigno aún de ello. Tal es la razón por la cual nunca me sentí triste o afligido”.

“Dime, ¿cuándo encontraste a Dios por primera vez?”

“Cuando perdí a todas las criaturas, entonces, encontré a Dios”.

“Y luego, ¿dónde lo has vuelto a encontrar?”

“En todos los corazones limpios y puros”

El Maestro Eckhart, asombrado por estas respuestas, le preguntó:

“Por favor, dime quién eres tú”.

“Yo soy un Rey”.

“¿Un Rey? ¿Y quiénes son tus súbditos?”

“Son mi propio cuerpo y mente: todo lo que mi espíritu anhela para Dios, mi cuerpo y mi mente se apresuran a realizarlo con más presteza aún de lo que el espíritu puede pedirles”.

“Te comprendo, pero de todos modos, un Rey debe tener un reino. ¿Dónde está tu reino, hermano?”

“En mi alma”.

“¿Cómo es eso, hermano?”

“Cuando cierro las puertas de mis cinco sentidos y busco a Dios con plena devoción, lo encuentro en mi alma tan claro y gloriosamente como está en la misma Vida Eterna”.

“¡Tú debes ser un santo! ¿Quién te ha hecho santo, hermano?”

“Las apacibles horas de soledad, los pensamientos plenos de devoción y la santa Unión con Dios; todo ello me ha transportado al Cielo. Yo no podía encontrar paz en las criaturas, y ahora que encontré a Dios, hallé también la paz y la alegría eternas. ¡Esto vale mucho más que todos los imperios de la Tierra! En verdad te digo que no hay obra externa tan perfecta que no sea un obstáculo para la intimidad con Dios”.

Que Dios permita que nunca olvidemos enseñanzas como esta que nos entrega el Sabio Maestro Eckhart. Ellas contienen el fundamento de la vida espiritual y son quienes debieran guiarnos en cada momento de nuestras vidas.